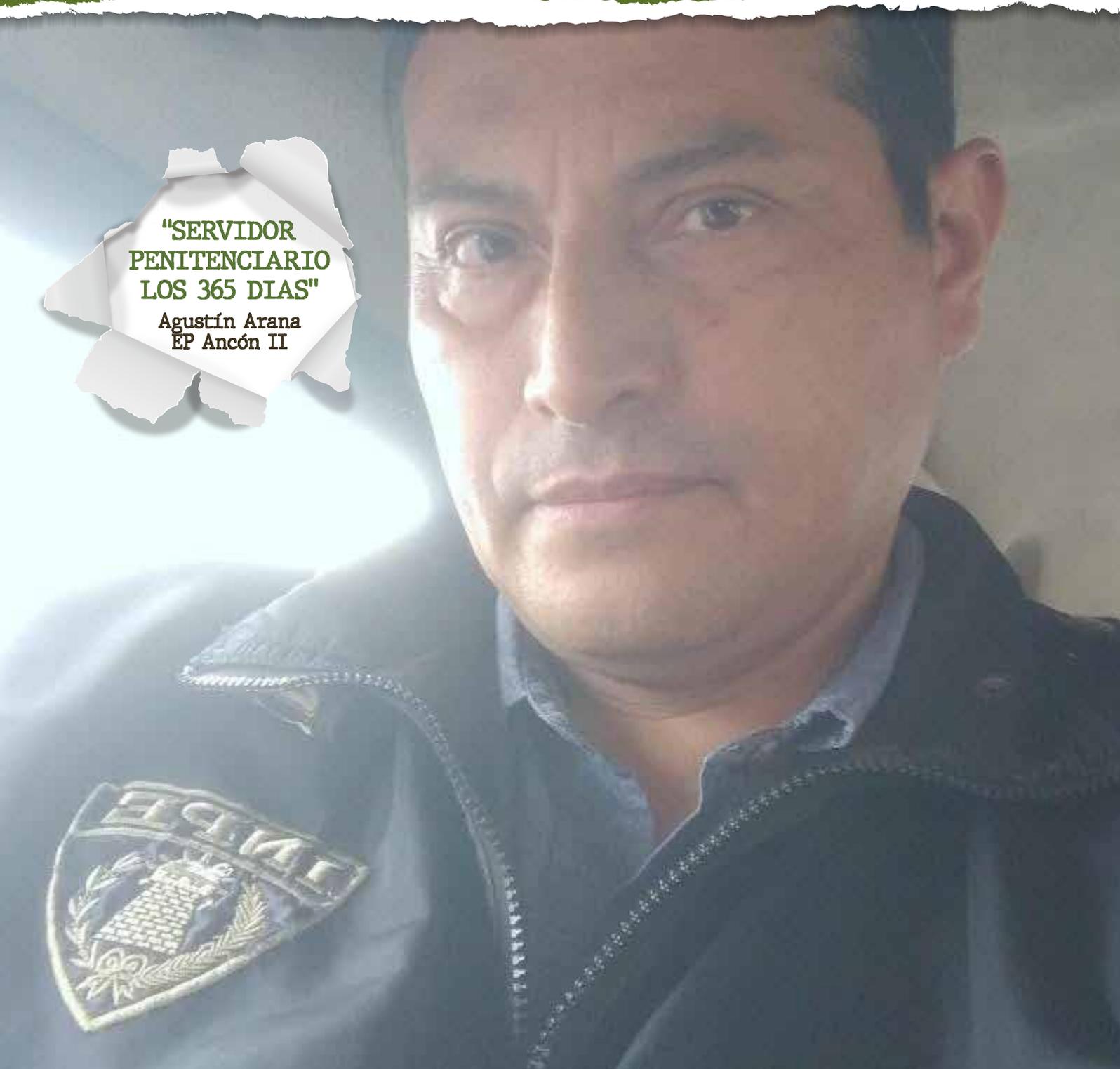




Crónicas de la esperanza

"SERVIDOR
PENITENCIARIO
LOS 365 DIAS"

Agustín Arana
EP Ancón II



SERVIDOR PENITENCIARIO

LOS 365 DÍAS

Aquel 31 de diciembre las responsabilidades laborales habían culminado, ya el fin del año laboral se había dado...

Desperté por la mañana de aquel último día con el caluroso clima de una mañana limeña, podía optar por visitar a mis familiares que no visite durante el año o irme de compras para despedir el viejo año o brindar después de una pichanga con los amigos del barrio o simplemente despedir las últimas horas yéndome a la playa.

Aún en la cama y despierto pensé en hacer algo diferente, pensé en hacer algo distinto, no para mí sino para los demás, pero no sabía que podía hacer que me llenara de satisfacción. Después de media hora arrugando sabanas encontré lo que haría. Lo decidí, lo tenía ya.

Eran tiempos turbios a veces desesperanzadores e inciertos, eran los tiempos de la despiadada pandemia, de las vacunas y las restricciones en todos los ámbitos imaginables, restricciones en los establecimientos penitenciarios también, entre ellos la prohibición de las visitas para los privados de libertad.

Ante la ausencia de visitas para los internos de los penales a nivel nacional, la presidencia de nuestra institución había tomado la acertada decisión de lanzar y aprobar un programa que atenué en algo la ausencia física por la presencia virtual, ese era el paradigma: ante ausencia física, presencia virtual.

Se lanzó el programa de video llamadas en la mayoría de penales del país, entre ellos el establecimiento penitenciario de Aucallama

- Huaral a las afueras de Lima.

Como sub director del penal se me encargo a finales del 2021 llevar a cabo el servicio de video llamadas de los internos con sus familiares.

Aquel último día del año, después de una ducha fría, decidí ir a mi centro de labores para darle alegría a 60 internos del pabellón de los adultos mayores, no estaba programado para ese día realizar el enlace de las video llamadas, así que llegue de improviso, ingrese al pabellón N° 8 y les dije: "hoy salen a su video llamada antes de acabar el año," no hubieron palabras en su primera reacción pero sus ojos sorprendidos por mi presencia y su mirada llena de alegría y esperanza ante la noticia, hacia que las palabras no fueran necesarias.

Eran las diez de la mañana, los internos entre 60 y 80 años fueron a sus celdas rápidamente para asearse y ponerse la mejor de sus ropas como si fueran al baile de fin de año, la video llamada en si era como estar con la familia en ese momento de algarabía a las 12 de la noche.

60 internos, (6 grupos de 10) salían ellos ordenadamente custodiados por los técnicos de seguridad y se dirigían a la sala de video llamadas donde yo los esperaba, ellos bien acicalados esperaban porque aparezca del otro lado la imagen de su familia vía zoom, sorpresa para ellos cuando del otro lado aparecía la familia completa compartiendo una mesa y colocaban una silla vacía que imaginaria sería ocupada por él.

El tiempo establecido para cada video llamada era habitualmente de quince minutos, aquel día no había limites, aquel inolvidable día las video llamadas se prolongaban más de lo habitual, esta vez la

prioridad no era el tiempo, era la felicidad. Aquel día fue inolvidable, la vida y el destino me permitió poderles brindar un día diferente, inesperado, un día feliz que avivara sus corazones dormidos por el encierro y otras veces por el olvido.

Mire el reloj y las 3: 37 de la tarde indicaba la culminación del último grupo de video llamadas, las lágrimas de algunos y la algarabía de otros no terminaban de agradecer lo vivido. Me despedí de ellos y de los técnicos, hasta el próximo año.

Recorrí varias calles al salir del penal hasta dar con tramos prolongados de maizales a las afueras del penal, posteriormente llegue a la pista principal que me llevaría de retorno a lima, "de Lima a Huaral, de Huaral a lima, cuantas veces cuantas" me preguntaba.

Subí al viejo bus y me ubiqué en el último asiento, allí sentado y algo agotado recosté mi cabeza en el vidrio de la ventana recordando lo vivido, dos lágrimas de nostalgia entremezclado con alegría se aproximaron y se desprendieron de mis ojos. Una vez más, la satisfacción del deber cumplido.

Sobre el autor

Alberto Arana es natural de Lima. Es licenciado en psicología por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Cuenta con 25 años de servicio y en los que ha realizado funciones de seguridad en sus inicios. Pertenece a la promoción Etis-2.

En los últimos años ha ocupado el cargo de subdirector de los penales de Huaral y Callao.

Actualmente cumple funciones como psicólogo asistencial en el penal Ancón 2.